

¿EN QUE ESPEJO SE MIRAN LOS PARTIDOS?

Joaquín García

Durante estos días los partidos políticos ocupan un cierto nivel de protagonismo en los medios de comunicación, se encuentran en pleno proceso de elección de los candidatos que han de concurrir a las próximas elecciones. Este debería ser uno de los momentos privilegiados para el debate político; para poner de manifiesto la capacidad de afirmación de la pluralidad sin romper la unidad interna; para acercarse al mundo de lo real, de sus demandas y necesidades; para mostrar que la democracia es una praxis cotidiana en los partidos y no sólo un concepto abstracto a exigir a otros o a ejercer extramuros.

Sin embargo, una vez más la falta de transparencia y la verticalidad se impone en los partidos. ¿Acaso le pasa inadvertida a la gente el contraste entre las primarias que se celebran en EE.UU. y el modo en cómo se eligen los candidatos en nuestros partidos mayoritarios?. ¿Es lo mismo ver a varios candidatos sudando la camiseta de Estado en Estado para llegar a ser el candidato de su partido a nivel nacional, que el escuchar que a finales de esta semana los Comités Provinciales del PP envían sus propuestas y para la semana que viene el Comité Electoral Nacional hace pública la lista con los números uno por las distintas circunscripciones? La respuesta es no, aunque tal vez convendría matizar y decir que la respuesta debería ser no, porque el grado de anestesia que tenemos es considerable desde hace tiempo.

Es cierto que en EE.UU. sin fuertes influencias y, lo que es más importante, sin financiación, y me refiero a financiación con muchos ceros, no tienes ninguna opción como candidato y eso supone un mal de raíz porque no podemos olvidar que quien financia, exige. Pero éste no es un argumento que justifique la cali-

dad democrática de nuestro sistema, y digo sistema porque he puesto el ejemplo del PP pero la cúpula del PSOE, tras las experiencias de las primarias de Almunia-Borrel y Bono-Zapatero, ha aprendido que hay cosas que es mejor no tocarlas.

En cualquier caso, ya sea vía financiación o vía control institucional, no cabe duda de que los verdaderos protagonistas son los partidos. Ellos son los que verdaderamente eligen a los representantes. Los ciudadanos no los elegimos, tan sólo respaldamos una u otra lista de las que se nos proponen. No se acaba de entender por los partidos que si malo es proponer y no poder decidir, tampoco es ningún consuelo sólo poder decidir sobre lo que otros te proponen.

Me temo que los ciudadanos no estamos especialmente ilusionados por cómo funcionan ciertas cosas y, seguramente, buena parte de los militantes de los propios partidos tampoco viendo la realidad de sus dinámicas internas. Se aprecia un mal de fondo que atraviesa los partidos políticos actuales, se dicen democráticos y, sin embargo, temen a la democracia. Su estructura, su forma de concebir el poder y la política les ha llevado a afirmar la representatividad frente a la democracia, en vez de la democracia frente a la representatividad. Y si la sal se desala... la mediocridad, el clientelismo, el servilismo, la falta de horizontes se va instalando poco a poco en los partidos y en cualquier otra organización en la que podamos pensar.

Esto nos debería preocupar como ciudadanos porque a medida que la democracia se debilita y se enquistada, el autoritarismo lo tiene más fácil para abrirse camino. Se podría escribir una larga lista de citas con análisis realmente duros del funcionamiento de los partidos, acom-

pañados de casos de corrupción o de los entresijos de financiación de los mismos, pero hoy la “charcutería” está cerrada. Quisiera acercarme a la democracia interna de los partidos en otras claves.

¿En qué espejo se miran los partidos?

Hace unos días, en unas jornadas, el ponente nos llamaba la atención sobre la falta de reflexión en que vivimos inmersos. La inmediatez, el pragmatismo, el stress no nos dejan tiempo para mirarnos en el espejo y vernos reflejados, para tomar conciencia de cómo vamos construyendo nuestro ser y quehacer tanto personal como social. Pero su reflexión iba más allá, el sistema actual está transformando las referencias éticas a tal velocidad que las preguntas necesitaban afinarse constantemente, y hoy ya no basta con preguntarse por si sabemos parar y mirarnos al espejo; hoy, además y fundamentalmente, hay que preguntarse por el espejo en que uno se mira.

Los partidos políticos saben muy bien que no pueden pasar demasiado tiempo sin mirarse al espejo, porque saben que no pueden vivir de espaldas a la opinión pública, luego mirarse, se miran, pero ¿en qué espejo lo hacen? ¿Cuáles son en la práctica las claves que les hacen mover ficha? Particularizar nos llevaría a una casuística interminable y generalizar seguro que es incompleto y discutible, pero apuesto por esta última opción de la mano de Steven B. Wolinetz.

En el libro “Partidos políticos, viejos conceptos y nuevos retos”, Steven plantea un criterio de clasificación de los partidos políticos existentes que quisiera recuperar por su sencillez y porque puede ayudar en la reflexión. Según el autor, los tres grandes criterios que orientan la vida de los partidos en mayor o menor medida son: los votos, los cargos públicos y las políticas.

Hay partidos que ponen el acento en sus propuestas políticas e ideológicas priorizándolas sobre los votos y los cargos, este perfil puede encontrarse en partidos ecologistas, libertarios, etc.; otros dan mayor importancia al hecho de acceder al mayor número de cargos políticos lo que a su vez significa aumentar su cuota de poder, siendo este perfil habitual en las coaliciones; por último, están los partidos que dan

prioridad a ganar las elecciones maximizando para ello el número de votos, suelen contar con un alto grado de profesionales del partido, saben manejar bien el marketing y movilizan a sus simpatizantes sólo en los momentos electorales para luego reducir considerablemente su actividad.

Trasladando esta clasificación a nuestra reflexión del espejo me atrevería a afirmar que la cosmética del poder devuelve a los ojos de buena parte de los partidos que conocemos una imagen complaciente, en la que los liderazgos personales que arrastran votos y saben negociar su hueco son los grandes vencedores. Votos y cargos. Sin embargo, ese espejo no muestra una realidad en la que paso a paso se van postergando las convicciones políticas, en la que la imagen cuenta tanto o más que el mensaje, en la que la subvención sustituye a la autofinanciación, la orientación oportunista al debate en profundidad, la sumisión y el conformismo a la autenticidad, el vivir de la política al vivir para la política. Y por supuesto, en ese espejo nunca aparecen los últimos de la sociedad.

La autocrítica como debilidad

La cosmética del poder no sólo deforma la percepción de la vida interna de los partidos, también lo hace con la percepción de la realidad e incluso con la percepción de uno mismo. Es ésta una de las razones que recomiendan no hacer de la política una profesión, y sí acostumbrarse a que los cargos deben rotar, aún cuando esto se haga cada vez más difícil de afrontar como reconocía el otro día Joaquín Leguina. En su reflexión afirmaba que hace años los que militaban en su partido tenían una ocupación antes de acceder a un cargo público, de modo que cuando cesaban se reincorporaban a la misma, pero ahora hay cada vez más gente que hace su carrera profesional en el partido y se preguntaba: cuándo haya que cesarles ¿qué vamos a hacer con ellos?

Este mirarse en el espejo equivocado no es cosa accidental. Hay todo un andamiaje teórico construido desde los propios partidos que, en aras de su propia subsistencia y de alcanzar más votos o cargos, les reafirma en la convic-



ción de estar haciendo lo que el guión exige, pero ¿quién escribe el guión?

Llevo años esperando escuchar a un alto cargo del gobierno o de la oposición pedir disculpas públicamente por haber cometido errores durante su gestión, mi memoria no me alcanza para poder citar ni un solo ejemplo. Y la pregunta que me surge es ¿y por qué escuela han pasado todos estos cargos públicos que ninguno saber pedir perdón?. También confieso mis dificultades para poner ejemplos de reconocimiento público entre el gobierno y la oposición a la hora de adoptar iniciativas políticas de cierto calado que se hayan originado en el lado contrario. Creo no llegar a una conclusión muy equivocada si afirmo que la escuela de todos esos altos cargos son los partidos políticos. Y ¿qué principio dinamiza este comportamiento?: el considerar la autocrítica como signo de debilidad.

Ya sé que la oposición se encarga de hacer la crítica y de hacerla a degüello, ya sé que un reconocimiento concreto y explícito de los errores cometidos es darle armamento al rival, pero eso sólo es la epidermis del tema. En el fondo lo que se dirime es que a veces hay que

elegir entre la imagen del político o el mejor servicio a los ciudadanos, que hay optar entre implantar formas verticales o formas horizontales de liderar y hacer política, que hay que decidir si se prefiere ser temidos o ser queridos. Cada opción tiene su coste pero yo diría que la autocrítica, según está hoy el patio, es signo de fortaleza y de madurez, y que cuando no se ejerce no se ayuda a crecer en ciudadanía, se favorece el servilismo en el interior de los partidos, la clase política se aleja cada vez más de la realidad, y la demagogia acaba invadiendo el debate y el quehacer político. Puede sonar exagerado pero hay actitudes de fondo que no se cambian con salir sin corbata a repartir flores y programas por los mercados cuando se acercan las elecciones.

¿Y la democracia interna?

Toda la marea de fondo que vamos describiendo no es ajena a la vida interna de los partidos, sin embargo, su repercusión y conocimiento es menor. Esto en buena medida se debe a un pacto tácito por el cual un partido nunca, o casi nunca, entra en consideraciones sobre la vida y forma de organización de otro, eso queda dentro del ámbito de la intimidad institucional.

Sin embargo, como recordaba anteriormente, el partido juega un papel fundamental en la forma en cómo se hace y entiende la política, y aunque no sean las únicas referencias con las que uno pueda contar no conviene olvidar que los partidos casi ejercen el monopolio de la política y que, además, son poco permeables a elementos forjados en otras fraguas como la social. Primero educan, luego modelan y finalmente dan responsabilidades.

Visto de este modo ¿será ciertamente una intromisión el analizar también la vida interna de los partidos? Yo creo que no, y creo que este aspecto se tiene intencionalmente olvidado porque no interesa a los propios partidos, pero no me cabe duda de que un análisis que quiera tener una visión integral de la dinámica democrática no puede pasar por alto esa realidad, con o sin el famoso artículo 6 de la Constitución que establece que la estructura y el funcionamiento interno de los partidos ha de ser democrático.

El cuaderno de Aznar, los barones del PSOE, el caso de Rosa Díez, el follón de IU en Asturias, los tránsfugas del PSOE en la comunidad de Madrid, la candidatura a dedo de Miguel Sebastián, la disolución del posible pacto en Navarra entre socialistas y la izquierda abertzale, etc., etc., son pequeñas puntas del iceberg de conflictos que hacen suponer a los ciudadanos que la vida interna de un partido no es precisamente una balsa de aceite.

Hay quienes afirman que los derechos de los militantes como ciudadanos del Estado son más amplios que como miembros de los partidos. Claro está que detrás de esta afirmación hay que matizar que todo parece ser por una buena causa. Habitualmente se esgrimen razones como la unidad y la urgencia en la atención de los acontecimientos. El argumento de la unidad suele pasar por encima, entre otros, del derecho a expresar libremente opiniones personales cuando éstas entran en contradicción con la postura oficial fijada por el partido y tiene su máxima expresión en la disciplina de voto. El argumento de la urgencia suele pasar por encima de la participación de los militantes en la toma de decisiones que muchas veces no son precisamente secundarias, y justifica una estructura vertical en la toma de las mismas.

Entrar en las dinámicas internas de los partidos supone analizar entre otros aspectos: el nivel de respeto y garantía de los derechos fundamentales de sus militantes; la organización y los procedimientos internos; la pluralidad de corrientes internas en el seno de la organización y los órganos de control de su vida interna.

Para no extender en exceso esta reflexión y a modo de criterio valorativo recojo para el lector algunas líneas-propuestas con las que contrastar la vida democrática de los partidos:

Respeto de las libertades civiles de sus militantes, en especial la de expresión, y disponibilidad de acceso a la información sobre todos los asuntos del partido.

Igual derecho de voto y propuesta para cada miembro.

Regulación de la posición jurídica de los miembros con base en la igualdad de derechos, para hacer posible la participación de cada uno en los asuntos del partido.

Garantías para la manifestación de las diversas tendencias internas.

Clara articulación territorial y de organización del partido, así como de las facultades y responsabilidades de sus órganos y de las condiciones para acceder a sus cargos.

Plena autonomía de las bases del partido en las organizaciones locales en sus esferas de competencia.

Selección de los candidatos del partido mediante un procedimiento previamente establecido por la asamblea general y no intervención de los órganos directivos para modificar la selección de candidatos a puestos de elección popular.

Existencia de procedimientos y órganos especiales, ajenos a la directiva, encargados de dirimir las disputas entre entidades locales del partido, o entre éstas y las nacionales, así como sobre la interpretación de programas, plataformas o reglamentaciones objeto de controversia.

Transparencia en las reglas de financiamiento del partido, con rendición periódica de cuentas por parte de los órganos responsables de administrar los bienes del mismo, y con posibilidad de que todo militante

conozca la información correspondiente y pueda impugnarla.

Se podrían citar más aspectos pero creo que no es necesario, considero que a estas alturas todos intuimos por dónde deberían ir los tiros y en especial los propios militantes de los partidos, ellos deberían ser los protagonistas de su transformación interna. Si no lo hacen ellos peor para todos, pero que sepan que si podemos, los ciudadanos, trataremos una y otra vez de limpiarles bien el espejo.

Necesidad del contrapoder social

Quizá una de las cosas más ilusorias que uno pueda esperar es que quienes están en el poder cambien por voluntad propia. Con esto no quiero negar la capacidad de cambiar a mejor de cualquier persona, lo que quiero resaltar es que cambiar al poder no es algo que dependa de la buena voluntad del personal. El poder se institucionaliza y toma formas en las que el margen de actuación es excesivamente estrecho como para poder transformarlo desde dentro.

Derrotar al poder establecido con otro poder suele dejarnos en el mismo punto de partida, cambiamos el collar pero no nos deshacemos del perro. La única vía que considero transformadora es la de debilitar el poder a base de que los ciudadanos asumamos cada vez más el protagonismo que nos corresponde.

Siempre se ha dicho que una de las características de los sistemas democráticos es la separación de poderes entre el ejecutivo, el legislativo y el judicial, pues bien, yo me atrevería a añadir que si lo social no se añade como contrapoder organizado a ese tripartito, la democracia se instala en una convalecencia crónica. ¿Por qué? Sencillamente porque lo social es el termómetro más adecuado que conozco para medir la madurez ciudadana.

Una ciudadanía en minoría de edad siempre es una buena excusa para que tutores y

políticos profesionales, burócratas y vividores se ofrezcan para dirigir al pueblo y, ya de paso, ¿por qué no?, vivir del mismo.

Uno de los principales deberes de los que han desertado los partidos a nivel institucional es el de formar ciudadanos libres, con criterio y voluntad propias, con capacidad de discernir políticamente lo que sirve y lo que daña al bien común. Esta noble tarea a la que no han renunciado gente honesta, que la hay, y que trabaja también desde los partidos por opción o por no haber encontrado otras estructuras desde donde hacerlo, no encuentran precisamente en los mismos facilidades para llevarla a cabo.

Lo político partidista ha instrumentalizado lo social durante ya bastantes años, y tiene que empezar a tomar conciencia de que si quiere remontar el vuelo lo necesita como compañero de camino, a su misma altura, nunca por debajo y mucho menos sometido, porque lo político sin lo social pierde su alma, su sentido. Es por ello que hay gente, entre la que me encuentro, que cree que para no empezar la casa por el tejado lo social y la formación de ciudadanos es lo prioritario. Desde ahí y como contrapoder, empujaremos para que lo político haga bien su labor.

Por último, quisiera terminar con una cita de Rousseau, me parece que refuerza la línea argumental de esta última parte del artículo y, de paso, nos ayuda a centrarnos un poco ahora que está tan de moda eso de si yo soy más patriota que tú, si la bandera sí o la bandera no, o si el himno con letra sí o letra no: “No puede haber patriotismo sin libertad; ni libertad sin virtud; ni virtud sin ciudadanos. Crea ciudadanos y tendrás todo lo que necesitas; sin ellos no tendrás sino esclavos envilecidos, desde los gobernantes del Estado hacia abajo”.